

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.



En el momento en que los amantes de las glorias españolas dirigen una mirada de interés hácia la oscura tumba donde descansan los restos del gran poeta que Europa reconoce por uno de los genios mas sublimes de los siglos moder-

Segunda série.—Tomo II.

nos; cuando la misma corporación municipal de Madrid en union con las sociedades literarias y con algunas personas celosas de su gloria, combinan el medio de dar a aquellos restos nueva colocacion, y monumento mas digno, que el de una bóveda estrecha, oscura y ruinosa

28 de junio de 1810.

que tambien ha de desaparecer con la próxima ruina de la iglesia de San Salvador; parecen del caso ofrecer aquí á nuestros lectores, cuando no es artículo crítico y filosófico sobre las obras de nuestro gran poeta dramático, por lo menos una sucinta reseña de los principales sucesos de su vida, de aquella vida dedicada al servicio de su patria, y á la gloria y prez de las letras españolas. Sin embargo, no desistimos por esto de presentar mas adelante nuestro modesto juicio acerca de aquellas obras, que la moderna Europa admira hoy, acaso con mas entusiasmo, y aprecia quizá con mas juicio que su propio siglo, y el que le sucedió. Pues en ese punto que en tanto que la Francia, la Inglaterra, y mas especialmente la Alemania, estudian y comentan al autor de *La vida es sueño*, y *El Tetrarca de Jerusalem*, permanecieron indiferentes los críticos españoles ante una reputacion que acata y ennoblece la voz manáñica de todos los pueblos cultos.

CALDERON, en fin va á salir de su oscuro sepulcro para ser celebrado por el respeto nacional en otro mas digno de su nombre; y el pueblo de Madrid, bajo cuyo cielo vió la luz el primer poeta de su siglo, y primer diletado de la sociedad española; los hijos de Madrid, que pueden alzar sus frentes con orgullo, contando tambien entre sus compatriotas á un Lope de Vega y á un Quevedo, á un Tirso de Molina y á un Moroto, á un político Antonio Pérez y á un militar Ramirez de Orea, á un Alonso de Brulla y á un Maratín; los hijos de Madrid en quien la modestia propia á la emulacion agena parece hoy mantener peregrinos en su patria, espectadores imposibles en su propia escena, salieron á aprovechar esta ocasion de tributar el justo obsequio á la memoria de su compatriota el gran CALDERON DE LA BARRA, y demostrar á propios y extraños que no son indiferentes á las glorias de su pueblo, ni miran con estúpido desden á los que con sus servicios ó talentos supieron ilustrarle, y hacerle digno de ser el primero entre los de la española monarquía.

Don Pedro Calderon de la Barca: Henso y Riaño, nació en Madrid á 14 de febrero del año de 1600, y fue bautizado en la parroquia de San Martín: fueron sus padres Diego Calderon de la Barca secretario de la cámara del consejo de Hacienda, y señor de la casa de Calderon del Sotillo, y Doña Ana María de Henso y Riaño, naturales ambos de esta villa y de conocido crédito en ella, los cuales trataron desde luego de dar á su hijo aquella esmerada educacion correspondiente á su ilustre linage. En su consecuencia, y despues de haber seguido los primeros estudios en el colegio imperial de Madrid, pasó D. Pedro á continuarlos á la universidad de Salamanca, donde aprendió las matemáticas, filosofías, geografía, cronología, historia política y sagrada y ambos derechos, llegando á tan alto grado su reconocimiento en estos ramos, que á la edad de 19 años era ya tenido por uno de los mas distinguidos alumnos de aquella celebre universidad.

Ademas de esto, su natural é irresistible afición á la poesia habiéndole dado ya á conocer ventajosamente en el orbe literario, y desde 1619 que dejó Salamanca y vino á Madrid, hasta 1625 en que entró en la milicia para servir en los estados de Milan y de Flandes, sus primeras producciones dramáticas le señalaron en el concepto público como el digno sucesor del fenix de los ingenios, Lope de Vega Carpio. La profesion de las armas no le estorbó tampoco despues para seguir ardientemente en el cultivo de las musas, llegando á tal punto su justa reputacion que el rey D. Felipe IV, decidido protector de los ingenios de su tiempo, se sirvió llamarle á su corte para el servicio de las reales fiestas que por aquella época con-

vertian el palacio de Madrid en un magnífico Liceo; y en premio de sus buenos servicios y de sus admirables escultas le honró por decreto de 3 de julio de 1636 con la merced del hábito de Santiago, que vistió en 28 de abril del año siguiente, á virtud del título que le fue concedido por el consejo de los órdenes militares.

Cuando en el año de 1640 salieron estas á campaña, Don Pedro Calderon recibió la espressa orden de S. M. para que permaneciese en Madrid, encargándole la composicion de la celebre fiesta que se representó en el sitio de Buen Retiro con el título de *Ceremonia de Amor y Celos*; pero por su carácter generoso y al distinguido ingenio de Calderon le permitieron cumplir muchas obligaciones como poeta y como caballero, y concluyendo en breves dias la comedia, se encaminó á Cataluña, donde agotó plaza en la compañía del conde-duque de Olivares. Permaneció en el ejército algunos años, hasta que habiendo regresado á Madrid avanzado en edad y desengañado de la vida mundana, siguió el ejemplo de otros muchos ingenios de su época, y se acogió á la iglesia abrazando el sacerdocio en 1651. El rey continuándole como siempre su proteccion le confirió á poco tiempo una de las capellanías de los reyes en la villa de Toledo, y en dicho empleo y ciudad permaneció bastantes años, hasta el de 1663, en que cansado el rey de tenerle lejos de su persona, le nombró su capellán de honor con retencion de la capellania de Toledo, concediéndole ademas una pensión en Sicilia.

Durante sus 37 años, escribió Calderon los Autos Sacramentales, que se representaban en la octava del Corpus en Madrid, Toledo, Sevilla y Granada, llegando segun se dice á número de 100 que fueron legados por él á su muerte al ayuntamiento de Madrid, en donde se guardaron hasta 31 de marzo de 1716 que la villa los cedió á D. Pedro de Pando y Mier, vecino de esta corte, para su impresion, como se verificó en 6 tomos en 4.º que comprenden 52 autos con sus loas.

Las comedias heroicas y de capa y espada que escribió Calderon desde la edad de 15 años hasta su muerte no son todas conocidas, y se asegura pasaron de 120. La misma fama del autor, su despreñamiento y escasa modestia, dió lugar á multitud de impresiones parciales hurtivas é incorrectas, en que introdujeron unas apócrifas, mutilaron otras, y dejaron de insertar las mas; como así lo afirma el mismo Calderon en el prólogo á la primera parte de sus autos, única impresa durante su vida. Su hermano D. José Calderon imprimió en Madrid en 1510 la primera parte de estas comedias recogidas y sacadas de sus verdaderos originales, y su amigo D. Juan de Vera Tasis continuó con su aprobacion hasta el número de 9 tomos en 4.º en 1691, incluyendo en él una lista de las comedias verdaderas de D. Pedro, y en el 8.º libro de las supuestas. D. José Garcia de la Plaza hizo otra edicion de estos 9 tomos en 1726, y en 1760 se publicó otra en Madrid en 10 tomos por D. Juan Fernandez de Aponte, alterando su colocacion aunque sin aumentar comedias. Posteriormente se han hecho otras ediciones parciales en España y en el extranjero; pero la mas notable por su elegancia y buen gusto es la que se ha verificado últimamente en Leipsik, y comprende cuatro tomos (1).

Ademas trabajó Calderon otras muchas en compañía de otros autores, y escribió infinidad de composiciones sueltas, tanto poesias, como discursos críticos y pan-

(1) Despues de escrito este artículo, ha llegado á nuestras manos la primera entrega de otra edicion de Calderon que ha empezado en la Habana el editor D. Ramon Ojiva, que por su buen gusto, calidad de papel, letra y correccion no dudamos en colocar muy superior á la de Alemania.

gricos, que se hallan intercalados en diferentes obras de aquella época, y que le acreditaron de gran condecorador en todos los ramos de la bella literatura.

En 1686 fué elegido capellan mayor de la venerable orden de sacerdotes naturales de Madrid, que gobernó con mucho acierto, y en que empleó el resto de sus días ocupado en buenas obras, hasta que el domingo 25 de mayo, día de pascua de Pentecostes del año de 1691, murió Calderon con sentimiento general de la corte y de la universal de la república literaria. Diósele sepultura en su parroquia de S. Salvador, el lunes 26 á las 11 de su mañana, llevándolo sobre el cuerpo los sacerdotes naturales de Madrid con un vistoso séquito, y colocándole con grandes ceremonias los capellanes mayores que habian sido en la bóveda propia de aquella congregación á los pies de la iglesia.

Por el testamento cerrado que otorgó en 20 de mayo ante Juan de Benegas, escribano del número, y un codicilo en 23 del mismo mes, mandó que después de cumplido y pagado todo lo que en él era contenido, fuese su heredero la venerable congregación de S. Pedro, con cargo de que por los días de la vida de doña Dorotea Calderon su herencia, monja de S. Clara de Toledo, se la habia de acudir con los réditos que diese de sí el remanente de su hacienda empleado á satisfacción de la congregación, y después de los días de esta señora fuese todo de la misma congregación.

La doña Dorotea falleció al año siguiente de 1752, y la congregación agradecida fundó un aniversario perpetuo por el alma de D. Pedro, y le hizo á los pies de la iglesia y lado del evangelio un bello sepulcro de mármol negro con su retrato de tres cuartas de alto pintado al óleo por D. Félix de Alfaro, pintor de cámara del Sr. Don Carlos IV, y debajo una lápida con la siguiente inscripción:

D. O. M.

D. Petrus Calderonius de la Bircá.

Mantuae Urbenátus, Mundi Orbe Notus.

Rubrò D. Jacobi Stemmatæ aurtus eques.

Catholicorum Regum Toletí.

Philipi IV et Caroli II. Martii ad honorem flamen.

Camoenis olim delictarum amoenissimum lumen.

Quæ summo plausu vivens scripsit.

Mortens prescribendo desepit.

Mixtarum ex indigens coelum.

Haerèdem hoc lege reliquit.

Ut veræ gloriæ cupidum simulat ingloriam.

Munifico tamen gratus benefactori,

Hoc òrnamens condidit.

Octogenarium.

Anno Domini M. DCLXXXII.

Nec regum plausu fide, nec ingenio.

La venerable congregación de sacerdotes naturales de esta villa puso aquí esta inscripción, con permiso de Don Diego Ladrón de Guevara, caballero del hábito de Calatrava, patron de esta capilla. Año de 1682.

COSTUMBRES PROVINCIALES.

LAS SEGUNDAS NUPCIAS.



Lejos de las márgenes del Ebro se levantan las débiles tapias de un pueblo desconocido en las geografías de Plinio y Estrabón; y nada célebre en las modernas cartas. Allí

vivia hace algunos años un honrado labrador, que por su noble alcurnia era respetado de todos sus vecinos, á lo cual contribuía no poco su descarnado semblante, y su prolongada coleta recogida con una gran red de seda negra que caía sobre su espalda. Apellábase este bello señor D. Lesmes Bobadilla, descendiente por línea recta de un escudero del rey D. Juan, á quien este en premio de sus buenos servicios domésticos dejó varios feudos en aquel pueblo para él y sus descendientes. Por largos años fueron estos felices con la fortuna de su respetable abuelo: á ella debieron el empujar essi de continuo la vara de la alcaldía, sonar el esquilon en los concejos populares, y ocupar el lugar preeminente en los festejos públicos. Pero como nada ha duradero en este mundo, hizo la pícaro suerte que los bienes de fortuna caminasen en razón inversa de los honores, menguando aquellos conforme se acumulaban estos; á lo cual contribuía no poco el haber sido los ascendientes de Lesmes muy poco laboriosos y económicos, y muy mucho sistemáticos y orgullosos.

El mismo Lesmes después de haber seguido un largo pleito sobre ciertas tierras, que á causa de su suelo infecundo yacían eriales, perdió el pleito, las tierras y otras varias fincas que le fueron embargadas y vendidas para el pago de costas y proceso. Esto era, pero hasta tal punto la fibra harto irritable de nuestro protagonista, que estuvo para marcharse al otro barrio, por ver las iniquidades que en este se cometían; pero habiéndolo reflexionado mejor, y después de haber filosofado por algun tiempo (merced al vacío de sus tripas) entró en cuentas consigo mismo, y vino á sacar en limpio que era cierto aquello de trabajar para comer. Tomó pues diferente rumbo que sus progenitores, y determinóse á cumplir la que había ofrecido cuando le bautizaron, de renunciar al mundo con sus pompas y vanidades; para ello metió en un riucon los títulos y pergaminos, y en lugar de la vara de la justicia tan cara á sus mayores, empuñó con mano fuerte la esteva de un arado. Al principio tuvo no poco que sufrir en escuchar las indirectas de la gente vulgar, y las patéticas exclamaciones de las viejas que recordaban las ya marchitas glorias de su linaje; pero Lesmes constante á fuer de buen aragonés, llevó adelante su honrado propósito; y gracias á su resolución tuvo algun tiempo después con los restos de su hacienda para pensar mejor que la mayor parte de sus ascendientes.

Principiábase á sonreír la fortuna, pero como esta señora es tan inconstante, cansóse luego de sonrisas y enseñó la esbelta, aguándole al honro de Lesmes toda su prosperidad con la muerte de su esca consorte, fiel compañera en sus adversidades (la cual se marchó dejándole para memoria cuatro pedregos de sus entrañas. Sintió mucho Lesmes, pero reflexionando en el consejo de uno de sus amigos, que tratando de consolarle había dicho que todavía quedaban hijas de Eva se dió tal prisa á obsequiarlas y pasarlas revista que antes de concluirse el luto ya le casaban lo menos con cuatro mujeres; pues tenía otras tantas ó más novias, segun se decía en el pueblo. Pero la que prevaleció sobre todas, y la que verdaderamente arrebató el coriño del viudo, era una muchachona del mismo lugar que sobresalía entre las otras mozas.

«Quantum lenta solent inter viburno cupressi.»

Llamábanla vulgarmente la *Roya* porque tenía el pelo rubio, y por consiguiente los ojos azules, motivo por el cual las envidiosas la llamaban ojos de gato: como si fueran verdes y no azules. Es de saber que los maldicien-

tas del pueblo (que eran casi tantos como personas de ambos sexos) contaban á la Ruya una larga cáfila de adoradores, entre los que figuraban en primer término un cirujano, que habia estado de partido en el lugar, y tuvo el negocio bastante adelantado, un estudiante sobrino del cura, y hasta cinco ó seis notabilidades mas, tanto del pueblo como de fuera de él. Estos eran los descubiertos, pues habia otros muchos pretendientes ocultos que no se habian atrevido á llegar á sus aras.

Para entre todos los ocultos y manifiestos el verdadero predilecto de la Ruya, el que por nro tiempo habia merecido sus favores, era el hijo del sacristán. Era este un jóven de 26 años, de raras prendas ó, como vulgarmente se dice, un estuche de habilidades: tenia profundos conocimientos en latin, y le hablaba tan sublime, que el cura mismo no lo entendia cuando le ayudaba á misa: era tal su destreza en escribir que el mismo Tritemio con todas sus claves dificilmente descifrará sus escritos, y hay quien dice que Torio no hacia letra como la suya. Pero en lo que mostraba sobre todo los quilates de su talento precoz era en la música, principalmente en la guitarra, la cual tocaba con tal habilidad, que su nombradía era vulgar por todos los pueblos á la redonda; motivo por el que sus mismos émulos que le odiaban á causa de su genio insultante y quimerista, se veian precisados á rendirle parias, cuando se trataba de dar alguna ronda (vulgo serenata) en obsequio de sus queridas. Por lo demas su físico nada tenia de *remarcable*, pues apenas llegaba á la marca, motivo por el que se estimaba de quintas; *inda mais* tenia los ojos ribeteados de granos, y las narices bastante romanas: para completar las noticias que se han podido reunir acerca de este interesante personaje solo resta decir que en el pueblo se le conocia con el alias de *Chupalámparas*, con el cual igualmente le designaremos nosotros. Tal era el antagonista de Lesmes.

Tiempo hacia que los dos aspirantes á la Ruya se miraban de reajo como perros que tratan de abalanzarse á un hueso: dudoso era el éxito, y nadie se atrevia á decidir á que partida se inclinaria la victoria, y hasta el buenazo de Júpiter se estuvo mirando á la balanza esperando en que vendria á parar la fiesta, como en otro tiempo cuando andaban á trompazos los griegos y troyanos. Luchaban por una parte los antiguos amores, con el interes; la nobleza del vino, con la juventud del sotasacristán, y la pobreza de este, con los cuatro hijos de aquel. Triunfó por fin el interes como es de uso y costumbre, y decidióse la suerte á favor de Lesmes.

¡Oh y quien será capaz de contar la desesperacion de Chupalámparas al saber la horrible infidelidad de su amada! Arrojó las sillas, se tiró los pelos, pateó el sombrero, dióse á sí mismo estupendas puñadas en la barriga y en la frente, y saliendo al campo se arrojó en un sembrado á *desovar su dolor* como dicen los románticos. Al verle en tal estado cualquiera le hubiera tenido por un Orlando furioso cuando supo la infidelidad de su amada. Angélica, ya hacia largo rato que habia anochecido, y en vano los piadosos vecinos esperaban oir el toque de oraciones: pasóse en blanco igualmente que el de ánimas, con un pequeño escándalo del pueblo. Noticias de tanto halto no podian estar por mucho tiempo encubiertas; así es que al día siguiente no se hablaba de otra cosa ni en la cervicera ni en la plaza del lugar, que de las calabazas, y el despecho del repudiado amante de la Ruya, dividiéndose las opiniones en distintos bandos segun eran sus intereses y parentescos. De aqui provenian los diferentes espectáculos que aparecian todas las mañanas en las ventanas de la Ruya, pues unas amanecian adornadas de ramas, y

con hermosas guirnaldas de flores, otras por el contrario se veia pendiente de ellas un enorme cardo, ó el descarnado cráneo de un borrico, segun las diferentes pasiones de los que habian rondado la noche anterior: á veces estos encontrándose unos con otros en la calle, y en medio de las tinieblas de la noche se endosaban mutuamente sendas palizas, con notable detrimento de las guitarras, y mucho mayor de las costillas de los beligerantes.

Por fin Lesmes, para quitarse de ruidos y salirse con la suya, determinó dar al traste con la viudez, y tapar con esto las bocas maldicientes: designóse pues para el día de la boda el de las calendas de julio, (que aquel año cayeron en martes,) á pesar de las repetidas advertencias de las sibilas del pueblo que ya desde aquel momento auguraron los mas funestos resultados. Bien hubiera querido Lesmes por evitar ruidos haberse casado fuera del pueblo, lo cual tenia á su parecer grandes ventajas, pudiendo de este modo evitar las barietas que son indispensables en tales casos, pues pensaba permanecer una temporada fuera del pueblo, dando lugar á que se desahogasen los que pensaran divertirse á sus espensas: pero algunos amigos officiosos con quienes lo consultó, *consultando* ellos quizá mas á su vientre que al bienestar del novio le ponderaron los graves inconvenientes de una boda hecha á *concerros tapados* como ellos decian; y las habillitas, y el que dirán del pueblo, que por lo menos lo atribuiria á flaqueza de bolsillo, ó á que se habia vuelto *zicatero*. Cedió al fin Lesmes á tan ponderadas razones decidiéndose por el extremo opuesto á verificar su boda con tal aparato y solemnidad que deslumbrase á sus contrarios, y nada dejase que desear de las tan célebres de Camacho. Al efecto y en primer lugar se hicieron grandes aprestos de cocina y municiones de boca, enramóse vistosamente el corralon de la casa solar de Bobadilla, en donde se habia de dar un baile general, conceptuando este lugar como el mas á propósito atendida la estacion, y ademas se habilitó para comedor un enorme granero tambien de la casa, alisando lo posible las protuberancias de las paredes enjalvegándoles sus barbas con varias capas de cal, y adornándolo con los mejores muebles de la casa, y algunos de las vecinas. Entre estos y otros preparativos los sorprendió el día de la boda.

No es para mi novel pluma el referir aquí el universal regocijo del pueblo, con tan plausible motivo; los brillantes vestidos de la novia, y el soberbio traje de Lesmes; traje con que se habia honrado su bisabuelo en iguales circunstancias, y que recordaba los principios de los dos siglos XVIII y XIX: con harto dolor tengo que omitir su prolongada tizona, con honores de virginidad, su bien empolvada coleta recogida con una gran red de seda carmesí al uso del país, las enormes hebillas con diamantes como garbanzos, alhajas todas vinculadas en la familia, y finalmente aquel gran sombrero tricornio, que marchaba en batalla por las plazas, y en columna cerrada por las calles, pues que de otro modo no cabia.

El acompañamiento era igualmente numeroso y galan: las mujeres llevaban sus basquiñas azules, los hombres entrados en edad llevaban sus capas de paño de Silueca, de color de paja que tiraba á pardo, pues así lo exigia el ceremonial á pesar de la estacion; pero los jóvenes iban mas á la ligero adornados con sus calzones de pana azul, ómen de las fajas moradas que les cubrian desde los pechos hasta las corbas, ocultando las asentaderas: completaban esta ajuero ocho varas de hiladillo azul en cada pantorrilla para sujetar la alpargata, las anchas cintas del escapulario, y el sombrero de quitasol.

Dirigióse pues el acompañamiento á la iglesia, en la que Chupalámparas mas resignado ya con su suerte, tuvo que pasar por el horrible tormento de ayudar á la misa nupcial, interin que su padre, que ademas de las funciones de sacristan, ejercia las de maestro de niños y organista, hacia resonar las bóvedas del templo, y retremblar sus vidrieras con las sonoras trompas del órgano, recordando aquel dicho vulgar.

Quod deficit in scientia, suppletur in trompetis.

II.

En uno de los salones del antiguo solar de Bobadilla, de que ya hemos hecho mencion, se veia un gran número de gastrónomos ocupados en roer los huesos de un opíparo banquete y menudear tragos del tinto de la Cañada, que arrojaban de su seno las denegridas paredes de seis grandes cántaras con honores de tinajas. Entre tanto otro grupo mas fogoso y movable, se entretenia en preludiar un baile, ajustándose las castañuelas, y ensayando lucidas cabriolas.

Desgraciadamente la atmósfera estaba cargada de neblinas y espesos nubarrones que amenazaban una pronta tempestad, por lo cual fue preciso convertir el comedor en salon de baile con harto dolor de Lesmes, que deseaba hubiese sido en el sitio destinado, para que todo el pueblo hubiese disfrutado de él. Pero como nunca una desgracia viene sola, sucedió para mayor dolor de los novios, que los gaiteros, que habian sido traídos expresamente para solemnizar la funcion, se hallaban imposibilitados de tocar, merced al mucho tinto que habian traspasado con permiso del casero, y fue opinion general de cuantos los vieron comer, que debian haberse estado purgando siete dias antes, segun la gran cantidad de comestibles que embutieron, y la sed devoradora que continuamente trataban de apagar.

Entonces fue cuando Lesmes vió á las claras lo horrible del precipicio en que el mismo se habia colocado, y lo mal que habia procedido en desechar el consejo de las personas sensatas que le habian advertido que no celebrase su boda en martes: pero ya no tenia remedio, y era preciso luchar impávido, y arrostrar con serenidad el maléfico fulgido de su fatal estrella. En fin, por complacer aquella honrada concurrencia, hubo de aceptar, aunque con gran repugnancia, la oferta que de sus habilidades le hizo Chupalámparas, el cual como es de suponer era uno de los convidados por razon de su sagrado empleo; y él fue tan filósofo que se resignó á concurrir al convite nupcial, nada mas que por mostrar su benevolencia á las provisiones de los novios. Una vez pues aceptada su oferta marchó presurosamente á su casa, de donde condujo en peso toda su orquesta, compuesta de guitarrillo y guitarron, pues no se le puede dar otro nombre á aquel célebre instrumento vera eligies del arca de Noé: añádiéronse una bandurria, un par de yerrecillos, y una gran pandera con cascabeles, con lo cual quedó organizada una mas que decente orquesta.

Despues de una media hora larga que duró el templar y afinar los instrumentos, arreglar parejas, y colocarse los espectadores, rompió la orquesta con toda solemnidad dando principio con una jota rasgada que sirvió de obertura, é incontinenti salieron los novios á estirar las piernas: fuéronse en seguida mezclando las parejas, y alternando la orquesta todo su repertorio de jotas; la jota alta, la estudiantina, y la jotita al aire.

Notábase ya desde el principio en el director de la orquesta cierto aire de satisfacción, y como de triunfo,

mezclado con una sonrisa insultante que daba margen para vaticinar un desenlace nada pacífico: en efecto, no tardaron mucho rato en sentirse los primeros síntomas de alarma, semejantes al sordo mugido precursor del terremoto, lanzaba de cuando en cuando algunas coplillas que á pesar de su vulgaridad eran altamente ofensivas al decoro de los novios, tomándolas como suele decirse, *por donde queman*, y mas estando los ánimos tan poco avendados. Una de ellas fue aquella tan manoseada cuarteta que dice:

Supuesto que no me quieres
no me da pena maldita,
que la mancha de una mora
con otra blanca se quita.

Oiga esté, señor músico, ¿por quien va eso?—Por nadie.—Es que á mí no hay que venirme con endiletas.—

—¿Le he nombrado yo á usted, pues?—

—Que sea á mí parienta y á mí no nos ha de hacer la hulra dengun hijo de la rechota.—

—El que se pica, ajo come, cuanto ni mas que yo me lo dicho que pua ofenderles, que lo que yo canto lo pue cantar cualsiquier hijo de vecino.—

—Pues tengamos la fiesta en paz, y no andar con micerias, que ya se me va subiendo á mí la mostaza á las narices.—

—Haya paz, señores, gritó el tío Tripeta, que habia sido padrino de la boda y desempeñaba en comision el oficio de bastonero, y diciendo y haciendo dió un fuerte palo sobre la mesa, causando tal estruendo que sobrecojió á todos los espectadores, obligándoles á guardar silencio mal su grado, con lo cual se restableció la tranquilidad instantáneamente; entonces los músicos volvieron á puntear su jota como antes.

A todo esto la novia permanecía impávida como si ella no le fuera nada, desentendiéndose de las risitas comprimidas que se dejaban traslucir al través de los ahumicos, y de las tosecitas forzadas de sus émulas, que triunfaban de gozo á cada reproche que se dirigian los contemplieros: todo lo observaba para otra ocasion la venganza de estas pequeñas injurias, que jamas se perdonan á las mujeres.

Lesmes por su parte estaba tambien notablemente alterado: y parecia luchar con algun pensamiento, ó maquinando en su mente algun proyecto de despique. Entretanto el baile habia vuelto á principiar, y Chupalámparas se preparaba á cantar otra vez, cuando de repente Lesmes se puso en pie diciendo—«Alguna vez habia yo de echar mi carta á espadas: aora me toca á mí.»

—«Bomba, bomba» gritó el numeroso concurso sorprendido de tan inesperada proposicion: viendo el novio tan favorables disposiciones, tosió, escupió, frotóse las manos, y con voz algo alterada al principio arrancó de su pecho la siguiente coplilla.

¡Ay del probe que no tiene
con que salir á la plaza!
se tendrá que morir de hambre
si no traga calabaza.

Grandes fueron los aplausos que el bando de Lesmes, ó como si digéramos, el partido ministerial, le prodigó por su caucion; celebróse con estrepitosas carcajadas y furibundo palmeo, y aun algunos por aumentar la zambra idearon el dar con los palos en el suelo, como si pibra idearon el dar con los palos en el suelo, como si pibra idearon que se alzase el telon. No fue menor la vergüenza

sa del atrevido monago: la canción del novio había sido para él una indirecta del Padre Cobos; se le había echado encima su miseria, su hambre, y sobre todo sus mal digeridas calabazas. Mordióse los labios de coraje, rasgó desahogado la guitarra, y con voz desentonada y presurosa se vengó de su contrario con la siguiente coplilla:

Un viejo recién casado
guardaba mucho su vida,
y se halló con el rebusco
cuando creyó hacer vendimia.

¡Oh válgame Dios! y cuán grande fue la furia que abortó en aquel momento el generoso pecho del hidalgo aragonés! levantóse furioso del asiento, estiró los puños, arqueó las cejas, mientras que sus movimientos convulsivos indicaban la cólera reconcentrada; embistió denodadamente á su competidor, y hubiérale este pasado mal, á no haberse interpuesto algunos de sus amigos, y la misma Ruya temerosa de que Lesmes hiciese algún desmán, Miróla este con torvo ceño y adusto semblante, como si le preguntára «¿que dices á eso?» sufrió la Ruya aquella mirada con altanería, bien persuadida de lo peligroso que le hubiera sido bajar la vista; y aquella altanería parecióle á Lesmes que decía — «miente, es una calumnias» — y se dió por salisfecho.

Pero entre tanto que pasaba entre los novios esta conversación muda, esta escena pantomímica é instantánea, algunos amigos suyos menos sufridos, se dirigieron hácia el músico procaz con ademanes hostiles y amenazadores, y le hubieran metido la copla en el cuerpo á garrotazos, á no haber él puesto pies en polvorosa, favorecido de otros amigos suyos, (como si dijéramos los de la oposición), los cuales con achaque de evitar riñas y de meter paz, se pusieron por delante, y le libraron del primer ímpetu; pero viendo que los parciales de Bobadilla se disponían á perseguirle, tomaron posición y se declararon las hostilidades dirigiéndose mutuamente apodos y reproches: iban ya á venir á las manos, ó por mejor decir á los garrotos, cuando de repente un estruendo horrisono y terrible ató las manos y suspendió los brazos de los partidarios de Bobadilla, helándolos por un instante de pavor. Entonces los contrarios inferiores en número, abandonaron el campo, tratando de mejorar de posiciones en la calle.

III.

El hijo del Sacristán al propasarse á insultar al respetable novio no había procedido tan inadvertidamente que no hubiera procurado antes tener bien guardadas las espaldas.

En efecto había reunido una gran tropa de desconcentos, compuesta de los antiguos edaradores de la Ruya, enemigos suyos personales en otro tiempo; y que ahora habían transigido con él, gracias á lo bien parado que había quedado en sus amores: agregáronsele algunos que por diferentes motivos eran desahogados á Lesmes, y otros muchos alborotadores de oficio, que nunca faltan en los pueblos, Mancomonados todos ellos bajo las órdenes de Chopalámparas, habían recibido orden de permanecer silenciosos en la calle, como lo verificaron hasta el momento en que se presentó su jefe con el rabo entre piernas. Entonces para celebrar su llegada y saludar á los novios según antiquísima costumbre en las segundas nupcias, ensayaron un ruidoso desconcierto de cencerros, cuernas, peroles, cabezotes de campanitas y otros muchos instrumentos de este jaez,

Dirigía esta cencerri-cornada un mozacón de formas atléticas y mirar estúpido con mas trazas de Fannó de Centauro que de persona humana: conocido en el pueblo con el alias de Camorra era este el segundo jefe de la cuadrilla, y hacia el oficio de maestro de cornetas en aquella infernal charanga, soplando un enorme cuerno cuya habilidad poseía en tal grado, que en atención á ella se le había provisto en el empleo de Dulero, que equivale á director de la *machedambre militar*; é inspector de los prados concejiles. No dejaron de asomarse á la ventana mas de cuatro envidiosas que repicando las sonoras almireces contribuían por su parte á la cencerri esonada.

¿Pero quién será capaz de pintar la furia de Lesmes al oír la diabólica serenata con que le obsequiaban? Diríase que rigióse al balcon en un momento de furor como si quisiera caer rápidamente sobre sus contrarios, pero detenido por sus amigos armóse con la espada de sus progenitores, y seguido de sus parciales que manejaban sendas estacas, se lanzó en la calle vibrando furioso su tizona. Terrible fue la embestida de los de su partido que obligó á cejar algun tanto á sus contrarios, pero rechazados estos de aquel ataque brusco dispararon sobre sus agresores una nube de sopas de arroyo, que causaron algunos chichones y no pocas escalabraduras; en seguida ambos partidos se estrecharon mutuamente, y principió una renida pelea. Lesmes furioso busca por todas partes el objeto de su tolera, y se abre paso con su tizona por entre los grupos opuestos: descubrelo por fin, no de otro modo que cuando Eneas encontró á Turno por entre las lámparas á retaguardia y como huyendo el bulio de los palos, cuando se halló de manos á boca con su terrible competidor: vióse enteramente perdido; pero con todo, reuniendo sus fuerzas enarboló el palo que por su natural gravedad y el impulso que se le comunicó debiera caer sobre la cabeza del novio á no haber este buido el cuerpo; pero con todo no pudo evitar el que cayera sobre sus hombros dejándole de paso una oreja en camino para la enfermería.

Apretó Lesmes los dientes de dolor y cólera, y antes de que su contrario segundase otro golpe quizá mas efectivo, le pegó tan estupendo tizonazo, que el infeliz vino mal de su grado á medir el suelo con sus espaldas. Entonces Lesmes poniéndole un pie encima, y vibrando su espada cual retablo de S. Miguel, se preparaba á ejecutar una sanguijenta venganza. Allí se iban á perder las esperanzas bien fundadas de innumerables sacristías, allí estuvo espuesta á un inminente riesgo la flor y nata de los monagos aragoneses; y hubiera sin duda perecido víctima de un resentimiento conyugal, si el feroz Camorra no hubiera venido en su socorro descargando sobre la cabeza de Lesmes tan estupendo garrotazo que se le dejó abierta como granada de Játiva.

Dudoso era el éxito de la refriga, y ya había bastantes heridos por una y otra parte, cuando apareció el alcalde acompañado del cura párroco: á su vista los revoltosos huyeron despavoridos desorientándose por las calles. Entonces salió tambien el escribano, que desde el principio de la paliza había permanecido agazapado tras de una esquina; y con corteses y bien ponderadas razones manifestó la gravedad de tamaño delito, su perniciosidad influencia, y la perentoria necesidad de entablar en el acto una sumaria. El cura bien penetrado de los filantrópicos y justificados deseos del signatario de la república, le manifestó que la gente del país era muy mala para tratada con rigor, pues en vez de abatirse, se exasperaban y volvian contra la mano que les castigaba.

«Sin que sea visto, le dijo, que yo me opongo ni aun remotamente á las medidas que juzgue oportunas la justicia, creo, señor secretario, que debéis reprimir vuestros deseos de escribir... No veis aquella cruz... Cuanto ni mas (interrumpió el alcalde) y perdoname el señor regente que le atage su palabra honrada que una paliza no es cosa de mucho aquel por aquí... porque al fin cada uno es dueño de sus costillas, y el que no quiera polvo que no vaya a la cruz... Afónico el escribano como si le hubiera caído en rayos los pies, apenas podía dar oídos á los discursos del alcalde: las últimas palabras del cura habían huido vivamente su imaginación, recordándole el trágico fin de uno de sus predecesores que había sido muerto al día siguiente por esperele, y no sin fundamento, principal motivo é investigador de una causa har-to ruidosa que había arruinado algunas familias, con aumento notable de la suya.

Sacóle de estas léngüres reflexiones la voz de la tía Carpanta que asomada á su ventana con un condil en la mano preguntaba al alcalde con interés si había cosa de envidiao. — «No es cosa, contestó aquel, Chupa ámpiras tiene una mojada tal cual, el hijo del tío Panduro tiene un garranchazo en la pierna, y se ha descoyuntado un brazo, y el tío Lesmes tiene una gasaca en la cabeza; pero no ha sido cosa de envidiao porque todos ellos aun pueden andar en dos pies.»

No ha sido tan poco, replicó el tío Teipeta, por que la pérdida del enemigo ha sido superior, según el rastro de sangre que han dejado en la calle. — Bendito sea Dios, dijo la estantigua cerrando su ventana, bien decia yo que los chicos de estos tiempos no tienen la cabeza tan dura como sus abuelos!»

V. DE LA F.

FLORICULTURA.

«Sin flores y sin hermosas
¿Qué fuera de los mortales...»

J. ARDOLAS.



En todos tiempos y países han sido las flores uno de los principales goces del hombre y uno de los mas privilegiados y duraderos adornos de la mujer. Ellas proporcionan al oriente los deliciosos perfumes que envidiamos aunque apenas conocemos; entapizan el suelo por donde ha de pasar el poderoso jefe de los sectarios de Alá; y adornan y perfuman el interior de las casas turcas. No son desconocidas estas costumbres en España; consérvanse aun en las provincias del mediodía, donde no hay fiesta sin flores, y en la singular Sevilla que con ellas, los mármoles y fuentes, convierte sus portales en Edenes, y logra combatir el angustioso calor del verano. Nada se parece en España ni fuera de ella á estos jardines árabes improvisados, donde la elegancia, la comodidad, la belleza y la frescura se reúnen para halagar al que llega agobiado

del insoportable calor. No son menos estimadas las flores en el Norte de Europa; en Inglaterra, Bélgica y Holanda hay bellísimos jardines y colecciones suntuosas; en París han imitado esta moda con esmero, y las hermosas, amando por simpatía la belleza de las flores, las han adoptado por adorno y por emblema, y no se creería ataviada en forma una señora para ir á un baile ó una *soirée* escogida, sin ir acompañada de un elegante ramo de las flores mas raras y de moda.

Por esto el mercado de flores de París donde hay á veces 200 mujeres vendiendo produjo en solo un día (el 14 de agosto último) 50.000 francos, la venta de flores en solo un invierno unos 20.000 francos, y el terreno empleado en flores para vender unos 30 millones de francos al año, y dá ocupacion á 5000 personas.

Así se promueve en aquel país el gusto de las flores, que es tambien promover la agricultura; así se ven sus bellos jardines ricos de flores y frutos de todos tiempos y países, mientras en el nuestro, que con mas facilidad produce las unas y los otros, apenas se ven variedades de gusto ni colecciones de mérito.

Mas parece que esa sociedad económica de Valencia, infatigable en promover todo lo útil en aquella provincia, celebra hace algunos años dos exposiciones públicas anuales una de flores y otra de frutas, que son las únicas de esta clase de que tenemos noticia en España, y que desearíamos ver introducidas en otras provincias.

En el Boletín enciclopédico de dicha sociedad, correspondiente al mes de mayo, se halla la relacion de esta exposicion que se celebró en los dias 15, 16 y 17 con mucha concurrencia y satisfaccion del público. Fue grande la variedad de flores escogidas; y aunque por haberse retardado la esposicion con motivo de los frios de abril y marzo no pudieron mostrar sus galas las elegantes camelias, los rhododendros, y muchas hermosas amarillis, no faltaron flores de gusto y hermosura, y plantas de gran mérito introducidas recientemente del extranjero y conservadas con inteligencia y esmero. La sociedad ha distribuido premios y menciones honoríficas á varias personas.

Nosotros nos complacemos en dar al público esta noticia, porque introducido en Valencia el gusto de la floricultura, creemos se estenderá con facilidad por toda la costa del mediterráneo en donde hay tanta ciudad rica y aficionada á los jardines. Entonces se verán en estas las mas hermosas variedades que se podrán obtener con seguridad y baratura en la indicada ciudad, y nuestras hermosas cuando reciban el homenaje de un ramo, no será de flores vulgares y comunes, como ahora; sino de escogidas y quizá no conocidas del extranjero, y siendo las flores imagen de las mujeres, justo es que en un país donde son bellas se procure tener flores hermosas.

Los aficionados á la floricultura pueden ver en los boletines de la sociedad económica de Valencia de los meses de abril y mayo un catálogo de flores y precios á que las vende un jardinero de aquella ciudad.

No podemos menos de recomendar á nuestros lectores esta interesante publicacion á que se suscribe en Madrid en la librería de Boix. La sociedad económica de Valencia dá con ella un ejemplo que deberían otras imitar para estender el fruto de sus tareas.

MADRID ARTISTICO.



EL PUENTE DE TOLEDO.



unque antiguamente existía en este mismo sitio otro puente de cuya forma arquitectónica no tenemos noticia, el cual debió ser reconstruido por los años de 1682 según un largo informe de la villa de Madrid, que se inserta en la Noticia sobre la arquitectura española de los señores Llaguno y Ceán, debió desaparecer del todo para dar lugar al nuevo, que es el que hoy existe, construido á lo que parece por los años de 1735, siendo corregidor el marques de Vadillo, época célebre en esta villa por las muchas obras que en ella se realizaron, si bien con la desgracia de haber sido dirigidas por el mal gusto de los arquitectos Rivera, Churriguera y sus imitadores.

Sin embargo, la importancia y solidez de esta obra no merece pasarla en silencio. Compónese este puente de nueve ojos; y sus pilares y arcos tienen grandeza y regularidad y están exentos de los estravíos del ingenio que le condujo; no así los remates de los pasamanos ó antepechos, las torrecillas que hay á la entrada y á la salida, y los pabellones de enmedio en que están colocadas las efigies de S. Isidro y Sta. Maria de la Cabeza, en todo lo cual campea á su sabor aquella pueril decoración gótico-plateresca que ha quedado sancionada con el nombre de su apóstol Churriguera. No obstante el gusto varía cada momento en las bellas artes, y camino las vemos llevar en el día de alabar con entusiasmo muy en breve lo que hace medio siglo mereció la justa indignación de los críticos. Por eso somos de parecer que deben respetarse los monumentos artísticos que sirven como el presente á la esposición de la historia del arte en sus diferentes periodos. Hablamos de aquellos en

que en medio del estravío de la imaginación se descubre alguna centella de genio, alguna originalidad en el artista; á los cuales sin duda daríamos la preferencia sobre la multitud de remedos de los buenos modelos de que en el día nos vemos inundados por la turba de raquíticos copistas.

SONETO.

LA ETERNIDAD DE DIOS.

Jehová! Jehová! yo anhelo tu presencia;
Soy un gasaco que sacude el cieno:
Mi vista entre la atmósfera del trueno
Se baña en tu inmortal omnipotencia.

Tu aliento es luz; la eternidad tu esencia,
Mientras lóbrego abismo de horror lleno,
Arrastra y quiebra en su insondable seno
Del vil mortal la mísera existencia.

Los años que con años se confunden
Del tiempo movíl á la planta alada
Mas rapidez en su carrera infunden:

Y á los ojos de Dios la hora pasada,
Los millones de siglos que se hundén
Menos son que un momento, son la nada.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.